

Palabras al margen

De León Felipe y el oficio de poeta

Resulta asombroso y desalentador hasta qué grado una falsa apreciación crítica sobre el estilo de un poeta, formulada por primera vez por algún estudioso de la literatura, logra hacer fortuna y verse repetida a partir de entonces por todos los comentaristas de tal poeta, como si se tratase ya de cosa averiguada e indudable. Siglos enteros han de transcurrir muchas veces para que venga a rectificarse ese juicio tan erróneo como persistente. De añadidura, dicho fenómeno, no sólo no es infrecuente, sino común hasta la desesperación, de modo que una enumeración de ejemplos al respecto podría casi no acabar nunca.

León Felipe, el estilo de León Felipe, no ha sido excepción a esa desventura consistente en pasar por ser una característica suya —en textos y más textos críticos— algo que, en realidad, no lo es. Casi no hay antólogo o historiador de la poesía española contemporánea que al hablar del poeta salmantino recientemente fallecido no haga hincapié en que su verso es desmañado, desdeñoso de "oficio", exento de elaboración y pulimento. Unos para reprochárselo, otros para ensalzarlo por ello, todos vienen a coincidir en señalar como muy definitoria de su poesía tal característica. Disentir de esa opinión —que es lo que yo pretendo con estos renglones— no deja de ser atrevimiento, ante todo por no hacerlo despacio, analizando el asunto con pormenor, cosa imposible en una nota de la brevedad que ésta necesariamente ha de tener; de manera que no aspiro a probar, con el rigor suficiente, nada; pero sí quiero, por lo menos, poner sobre aviso, llamar la atención a futuros críticos del gran poeta sobre la conve-

niencia de revisar radicalmente la idea que acerca del supuesto desaliño de su verso corre con tanta fortuna por ahí. Atrevimiento es también disentir de tal idea ya que, por igual, la han expuesto y vienen repitiéndola comentaristas de poca monta como admirables críticos que, en ocasiones, son de añadidura grandes poetas también. Tal es el caso, por ejemplo, de Luis Cernuda, el cual alguna vez escribió:

"En su poema 'Autorretrato' escribe Machado:

... dejar quisiera

mi verso como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Esas palabras, que apenas tienen aplicación en el caso de Machado, la tienen en cambio muy exacta en el de León Felipe: acaso lo que de él recuerde más el lector sea precisamente el empuje, el arrojado de 'la mano viril' que blandiera el verso, antes que 'el docto oficio' del mismo."

Aún más dijo Cernuda a este propósito; suya es también esta afirmación: "Es León Felipe un poeta severo, que desdeña el halago de la palabra y la magia del verso; un poeta que se quiere insensible a los encantos de su arte. Todo eso, halago, magia, arte, no es para él sino la celada en que caen los débiles, y el poeta es la criatura débil por excelencia."

Revisemos nosotros ahora rápidamente la obra poética de León Felipe. Una y otra vez, es cierto, insiste el autor de *Español del éxodo y del llanto* en arremeter contra los poetas cortesanos:

¿Y si el verso, poetas cortesanos,

y si el verso, como el hombre, no fuera de
(cristal,
sino de barro?

Y contra los poetas modistos:

Pero ¿qué están hablando esos poetas ahí de la
(palabra?

Siempre en discusiones de modisto:

que si desceñida o apretada...

que si la túnica o que si la casaca...

Una y otra vez, también es cierto, León Felipe pregona humildad a los poetas, que implícitamente alude al lenguaje de éstos:

Sistema, poeta, sistema.

Empieza por contar las piedras...

luego contarás las estrellas.

Y sin duda aspira a una poesía que alcance a todos los hombres, mayoritaria en su proyección, de tan verdaderamente humana como la quiere:

Poesía...

tristeza honda y ambición del alma...

¿cuándo te darás a todos... a todos,

al príncipe y al paria,

a todos...

sin ritmo y sin palabras!

Más todavía, llega a concebir la poesía, la gran poesía, no como obra individual, sino como maravillosa obra colectiva del hombre, como expresión comunal de la que el poeta sólo es el portavoz; y entonces dice:

Poeta,

ni de tu corazón,

ni de tu pensamiento,

ni del horno divino de Vulcano

han salido tus alas.

Entre todos los hombres las labraron

y entre todos los hombres en los huesos

de tus costillas las hincaron.

La mano más humilde

te ha clavado

un ensueño...

una pluma de amor en el costado.

Porque la poesía para León Felipe es un espíritu que, para manifestarse, tiene que valerse de elementos materiales, de recursos retóricos; pero el poeta no puede dejar de tener la conciencia de que lo que va a comunicar es un espíritu, el cual no se halla contenido en ninguno de los elementos o recursos que maneja; por eso pide:

Deshaced ese verso.

Quitadle los caireles de la rima,

el metro, la cadencia

y hasta la idea misma...

Aventad las palabras...

y si después queda algo todavía,

eso

será la poesía.

De todo ello, bien mirado, creo que no debería sacarse la conclusión esa que generalmente parece haber sido ya aceptada por críticos e historiadores de la poesía española de nuestro siglo. No es que León Felipe desdeñe "el halago de la palabra y la magia del verso"; desdeña al que convierte en juego, en lujoso artificio, en ingenioso truco la palabra y el verso, que él siente llamados a más noble destino. Con ese otro poeta es su litigio:

Contigo, malabarista,

con tu sofía y tu estética.

Malabarista, contigo.

Y contigo porque juegas

deshumanizadamente

con esas bolas pequeñas

de marfil,

pulidas, blancas, perfectas

(imágenes, abstracciones

de exactitudes geométricas)
que van y vienen y danzan
como una devanadera
por encima, por delante
y por detrás de tu cabeza.

Malabarista, contigo.
Y contigo, porque mezclas
en este juego tan limpio
de purísimas esferas
de platónicas
ideas
el puro habano encendido,
que es la posible tragedia,
y el truco... inevitablemente
grotesco de la chistera.

No va, pues, dirigida la censura de León Felipe sino contra esos poetas a los que tantos otros grandes poetas también y desde antiguo han censurado: a los que, regalándose en exceso con el pulimento y el lujo verbal, en vez de encumbrar rebajan la palabra poética, otorgándole una función ornamental y superflua en vez de una función expresiva esencial. No es la protesta de León Felipe, en este punto, más extremada que la de Unamuno o la de Antonio Machado o, incluso, la de Juan Ramón Jiménez.

Y, por otra parte ya, no querer ver en la poesía de León Felipe el afán, más todavía, la pasión que el poeta tiene por trabajar su palabra, su verso, su poema —como cualquier gran poeta, al fin y al cabo— para tratar de dotarlo de la máxima expresividad, es realmente un contrasentido y dejarse seducir por una falsa apariencia. ¿Cómo explicarnos si no —y ésta sí que es una característica obvia de su estilo— las refundiciones que continuamente hace a lo largo de toda su obra de muchos de sus poemas? Vuelve León Felipe una y otra vez a trabajar, a tocar un poema, como insatisfecho siempre de la forma lograda antes, como ansioso siempre de mayor perfección. ¿Y qué significa —y ésta es también otra característica

evidente del estilo leonfelipesco— sino una seguridad de la fuerza expresiva de tal o cual verso, una conciencia plena de su perfección y eficacia lírica, el hecho de que el poeta vuelva a incluirlo intacto en otro poema y aun en otros poemas, como en tantas ocasiones ocurre dentro de la obra de León Felipe?

Aquel "¡aventad las palabras!" que aconseja León Felipe a los poetas no puede, a la vista de su propia obra, interpretarse como lección de una poética desmañada, torpe y provisional. Más bien, para llegar a dar a esas palabras su sentido justo, habría que imaginar al poeta como al sembrador, y ya se sabe que es el pulso lo que hace al sembrador serlo bueno y que al mayoral se le conoce por la siembra. Si es un mayoral cumplido, el campo entero se le hablará de espigas con regularidad y armonía perfectas, si no, alternarán los calveros feamente con amontonamientos de espigas, haciendo del campo una especie de mendigo vestido de andrajos.

Y no es tal vez arbitrario que a veces del poeta traiga yo al sembrador cuando quien está en cuestión es León Felipe, porque para él el poeta es hermano del profeta, y la voz del profeta sale de la tierra. De la tierra sale la espiga y sale también la canción. León Felipe mismo lo dejó dicho maravillosamente en uno de sus estremecedores poemas del éxodo:

Soldado:

tuya es la hacienda,
la casa,
el caballo
y la pistola.

Mía es la voz antigua de la tierra.

Tú te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡Mudo!
¿Y cómo vas a recoger el trigo
y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción?

Luis Rius